

Flor Romero

Estaba ansiosa por ver la ciudad, por recorrerla, por poseerla y sobre todo por pasar por la Plaza de Bolívar para mirar los escombros del Palacio de Justicia, que habían destrozado los guerrilleros del M19 y las tanquetas oficiales. La mitad de la fachada estaba cubierta por andamios metálicos. Por las aristas que dejaron libres los listones de madera se veían los techos ahumados, los vidrios quebrados, los marcos quemados.

Un policía cuida el portalón. Aún estaban presentes las perforaciones de los balazos en la fachada. Reemplazaron la puerta metálica por otra de barrotes; se notaba un hueco enorme como de roquet en la parte superior de la fachada. Eran los rastros de la guerra, escombros, ladrillos partidos en la entrada. Las gentes pasaban, se detenían, comentaban, miraban, recreaban el drama que se vivió allí el miércoles 6 de Noviembre, cuando un puñado de rebeldes del grupo M-19 se tomó el Palacio de Justicia, con el presidente de la Corte, los consejeros de Estado, los jueces adentro. Me detuve en el letrero del dintel: *Las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad* (Santander).

En la acera contigua del Almacén Ley, desprevenidos, los vendedores ambulantes expendían Frescavena helada en un carrito de madera blanca, revistas, crispetas, triquitraques, totes, papel de colores anunciando que la Navidad se avecinaba. Las paredes ahumadas quedaron impertérritas bajo la mirada acerada de la estatua de Bolívar en mitad de la Plaza de piedra, rodeada de coronas de rosas, pompones y gladiolos. Las palomas carmelitosas se paseaban bajo las piernas de los niños y los turistas les disparaban fotografías. El de la cámara instantánea me dijo:

- *¿Se quiere hacer una foto en colores?*
- *No gracias-le respondí.*

- *Seis mil disparos salieron de los fusiles* –informó el chofer que me condujo.

Otro vendedor movió su carrito con rodajas de piña y tajadas de patilla muy roja. En el parque de Santander estaba instalada la Feria de las matas florecidas. Una mujer joven con traje de algodón se lamentó: *Mi cafetal quedó calcinado con la ceniza ardiente que cayó el día de la explosión del volcán del Ruiz. Hasta Chinchiná llegó el fuego sagrado del cielo.*

Se entrecruzaban dos tragedias recientes en suelo colombiano: la del Palacio de Justicia y la erupción del volcán, en noviembre, que arrasó Armero y a 25.000 de sus habitantes.

Tenemos una finca en Duitama –se lamentó el chofer- *el día de la explosión del volcán, ese jueves 13 de noviembre, mi mujer, Avelina, que tendrá 65 años, se levantó y miró el cielo. Vio la nube de ceniza y gritó: Antonio, levántese mijo, porque el mundo se va a acabar.*

Avelina puso las manos extendidas con las palmas mirando al cielo y recogió la ceniza tibia que caía. A manotadas se desembarazaba de esa lluvia de polvo inesperada. *Los cabellos negros de mamá se nevaron.* Ahora, la ceniza apocalíptica resulta un abono providencial. Las vainas de la arveja que eran del tamaño del dedo índice, hoy son el doble; las papas que se cosechaban eran pequeñas y ahora son como toronjas; las manzanas aparecieron gigantes.

La magistrada Aydée Anzola amiga de largos años -desde antes de las faenas del voto femenino- me invitó a pasar la Navidad en su casa. Tras los visillos blancos divisé la figura alta, delgada, de la sobreviviente del holocausto del Palacio de Justicia. Se transparentaba el colorido de los arreglos navideños, guardados por años, para adornar la chimenea, las paredes y un pino iluminado, de acuerdo con el consejo del siquiatra: *Vas a hacer exactamente lo que siempre has hecho, como si nada hubiera pasado.*

La abracé, le detallé el rostro un poco estragado, pálido, los ojos pequeños de perdiz tras unos anteojos oscuros, el cuello con algo de fuelle, en cresta de

gallo, signos de que había perdido peso. Los cabellos alborotados, esponjados, trataban de disimular su escarralada cabellera.

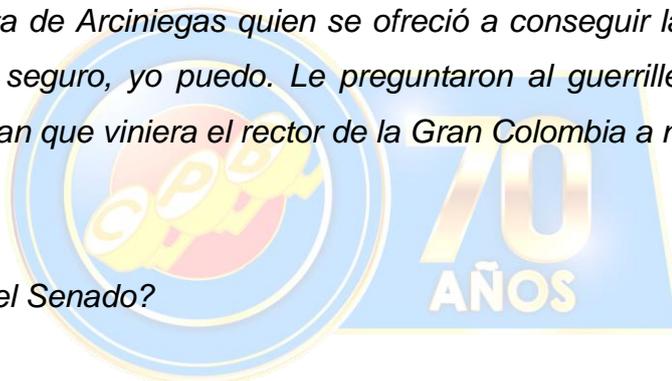
Alistó el cojín sobre el asiento para que yo lo ocupara. Pidió agua aromática de limoncillo: *Esto ha sido un desfile de gentes. El día que resucité, la cola de carros daba la vuelta a la manzana. Imagínate, de dos a cuatro de la tarde me dieron por muerta.*

Hablaba saltando de un lugar a otro, lamentando la falta de solidaridad. Gaona dolido decía: *¿dónde están mis discípulos, mis amigos, los ministros, la gente con la que he compartido? Se sentía abandonado, solitario. A media noche surgió la figura alta de Arciniegas quien se ofreció a conseguir la negociación. Yo voy, yo estoy seguro, yo puedo. Le preguntaron al guerrillero Almarales: ¿ustedes aceptarían que viniera el rector de la Gran Colombia a negociar?*

- Sí.

- ¿El presidente del Senado?

- Sí.



Buscaron un trozo de papel para escribir las instrucciones. Yo tengo en la memoria eso. Arciniegas se lo echó al bolsillo del saco después de doblarlo. Salió nervioso, claro. Le ofrecieron un aguardiente. Otro aguardiente, otro y se fue a la casa a dormir, olvidándose de las recomendaciones que sus colegas le habíamos hecho de llamar a las esposas desesperadas. Habría que conseguir algún puente, algún medio que permitiera dialogar o alargar el tiempo y evitar la muerte presentida, segura. Alguno había dicho que su mujer tendría amistades con los medios militares y podría tener acceso a ellos para conseguir un alto al fuego o algún medio de negociar. Pero Arciniegas se acostó a dormir y cuando las mujeres de los rehenes llamaron, dijeron que estaba dormido, que no podía pasar y se perdió un tiempo precioso. Hoy, sus colegas no le perdonan no haber hecho lo que prometió él; haberlos traicionado, el momento de angustia lo acobardó, quién sabe, en todo caso Almarales miró el reloj de pulso y dijo: son las cuatro y el emisario no regresó. ¿Se fijan? esa es la solidaridad de su colega.

Mi amiga recordó que en ese momento comenzó a sentir punzadas en la boca del estómago. Una guerrillera le alcanzó una bolsa con suero: *tome hasta acá – le señaló. Pero no más porque el resto es para los heridos. A esas horas ya había heridos entre los terroristas. Me sentí como nueva, con fuerzas y se me fue el dolor. A las mujeres nos repartieron luego unas pastillas tranquilizantes para dormir. Algunas, como la secretaria Arenas murió así dormida, acurrucada, como un pajarito. Yo seguía rezando con el Cristo entre las manos. Te lo voy a mostrar. Se subió el suéter. Dejó entrever el pecho blanco, los senos largos dentro del corpiño blanco: no sé dónde lo dejé, no lo tengo aquí, siempre lo llevo en el seno.*

Frunció la nariz y recordó: *mis ropas húmedas, empapadas de agua, oliendo a chulo, porque nos orinábamos en los pantalones. Nieves, una de las abogadas que era mi paño de lágrimas, con sus cachetes regordetes, narizona, bajita, servicial, hasta cuando tenía nostalgias y ganas de tomarse tres aguardientes y de una carne asada, llegó a acompañarme. El hermano le insistió por teléfono: arriésguese, corra, trate de salvarse, no espere más. Pero ella no se atrevió. Intimidada por las ametralladoras que el invasor exhibía en la puerta de la oficina, quedó como paralizada. Entró una bola de roquet de esas que rodaban y al fin estallaban, ¡pumm! Yo me metí los dedos en los oídos y abrí la boca como nos lo habían enseñado los asaltantes. Y la pobre Nieves quedó vuelta un montoncito de cenizas, del cual rescataron una cadena de oro con dijes, algunos se desprendieron y un reloj de pulso, más el recuerdo de la abogada buena, que vivía con su padre.*

De Reyes, encontraron la esclava marcada con su nombre. Una pérdida de talento. Suplicó, llamó a Palacio para hablar con el presidente, pero siempre le respondieron que estaba ocupado. Finalmente pasó Delgado Mallarino el director de la policía para hablar con el comandante que dirigía la operación: Dejen salir a los rehenes, les haremos un juicio honesto... Pero no había posibilidad de diálogo. Finalmente, a eso de las cinco el guerrillero Almarales dijo: los van a dejar masacrar.Ahora viene la operación rastrillo.

Ella, en ese momento veía los guerrilleros jóvenes, bien plantados. A ratos ni los distinguía porque *usaban el mismo uniforme* militar. Ni reparó en el brazalete M-19. *Las mujeres increparon a Almarales: usted no tiene hijos, no tiene madre, nosotros tenemos hijos como ustedes, déjennos salir. No tenemos nada que ver en esto.* Y mi amiga con su Cristo en la mano, enterrándoselo en la palma, se miró los chiros mojados y rezó mentalmente: *Señor métale en la mente a este guerrillero que nos deje salir. Ordénele que nos suelte.* De pronto Almarales llamó:

- *Pacho, grite que van a salir las mujeres.*

Un milagro –pensó– porque al tiempo hubo una tregua de un cuarto de hora y escucharon los del otro lado. Caí sobre un guerrillero muerto, me unté de sangre el antebrazo, no supe a qué horas se me salieron los zapatos, rodé por las escaleras y me encontré finalmente sentada en la Casa del Florero.

No había tenido tiempo de reflexionar, pero lo que sí sabía era que a esas alturas habían mandado rescatar al hermano del presidente, Jaime Betancur y a la esposa del Ministro de Justicia, Clarita Castro.

Ella se había llenado de rabia: *¿por qué a unos los salvan y no a todos? ¿Por qué dejan expiando a ese puñado de gentes, a esos 160, entre ellos muchos estudiantes que habían ido a consultar expedientes?*

Y después de la salida de las mujeres, cuando ya los asaltantes se sintieron perdidos, se escucharon confesiones, hasta hubo intercambio de complicidad. Se nos acabaron las armas –dijo Almarales– la munición que teníamos en los sótanos está incautada, así que nos jodimos.

Esto ocurría hacia las ocho de la mañana. Luego Almarales dejó salir los heridos y otros que renquearon para salvarse. Los de la cafetería no aparecieron ni muertos ni vivos. Ahí dejaron provisiones los asaltantes cuando el tiroteo comenzó. Una mujer se refugió allí. El marido no acepta que esté desaparecida. Las hijas se visten de gala todos los días para esperarla.

Igual le ocurrió a la madre que perdió a su hijo en un derrumbe de la carretera. El joven apareció a los seis meses en la puerta de la casa. La madre al verlo se espantó y corrió a esconderse en su alcoba, de dónde no quiso salir, porque pensaba que era una aparición, algo del otro mundo. Mediante hipnosis le fueron transmitiendo el mensaje de que el muchacho que había visto sí era su hijo y que de veras había estado extraviado no se sabía donde, quizá en los laberintos de su propia memoria sacudida por un temblor, hasta que aceptó que era el hijo mayor, que de veras era de carne y hueso y no un fantasma.

Los militares le ofrecieron galletas, un pedazo de chocolate y una Coca-Cola. Aydée se paseaba angustiada, a lo largo del salón. Le mostraron el álbum de fotos de los asaltantes para que los identificara, pero ella dijo: *Yo no los reconozco porque acá aparece un Almarales con bigotes y viejo, y el que yo ví allá en el Palacio era buen mozo y no tenía bigotes. Aquí todos parecen del ancianato y los que vi allá eran jóvenes y flacos.*

Le anunciaron luego:

- *Que el presidente quiere saludarla.*
- *¿Será protocolario salir a saludarlo con esta facha, sin zapatos, con las medias rotas y oliendo a chulo?*
- *¿Quiere que le compre unas medias?*
- *No, señor militar. Gracias.*

La llevaron al Palacio Presidencial y en coro saludó al consejo de ministros reunido en pleno: *Buenos días señores.*

Era el mismo Consejo que había deliberado tanto tiempo sin encontrar otra salida que el aniquilamiento.

El presidente se abalanzó a saludarme: “Nos hiciste sufrir mucho. Siquiera estas viva”. Besos en los cachetes, abrazo. En mi angustia sólo se me ocurrió decir: Yo quisiera contarles la verdad.

- Sí, sí mijita, pero ahora no. La situación es gravísima. Descansa. Me volvió a besar el presidente y me dio la bendición.

Ella quería gritar todo lo que sabía. Decir que nos habíamos sentido abandonados de la mano de los hombres y de Dios, desamparados, contar lo que había visto. Necesitaba gritar y hablaba sin parar.

Al regresar a su casa, los parientes se secaron las lágrimas y las vecinas abrieron las puertas a empellones. Ya me habían llorado entre 2 y 4 de la tarde. Un radio periódico alcanzó a leer una nota necrológica. Dijeron que me habían matado. A esas horas, yo estaba sentada en la tapa de un inodoro percutido, con el agua hasta las rodillas. Todo comenzó para mí a eso de las once y treinta de la mañana. No sé por qué me fui a trabajar ese fatídico miércoles porque yo generalmente no voy los miércoles, pero una colega me pidió que fuera al Congreso pues presentaba una ley y quería que yo estuviera presente. Me comprometió de tal manera que hice una pequeña compra y me fui al despacho. La abogada llegó para convidarme a que escuchara su ponencia, pero yo le dije que a qué me iba tan temprano si no había empezado la sesión. Ella se comprometió entonces a llamarme tan pronto comenzara, que si me voy de una vez no sólo me evito el viacrucis sino que se salva el abogado Lisandro Romero quien trabajaba conmigo, era el mejor abogado que teníamos en el Consejo, un hombre de unos 42 años a quien todo el mundo consultaba. Al principio del asalto escuchábamos la radio, pero era tan angustioso oír los relatos, uno encerrado, sin poder ver ni saber lo que estaba pasando de veras, que resolvimos apagarla. No podíamos ver ni el incendio, sólo cuando pasamos de la oficina a los inodoros alcanzamos a divisar unas lenguas de candela. Salí de milagro.

Tartamudeaba, no acertaba a encontrar las palabras para expresarse.

- Préstame tu cigarrillo. Fumó angustiada como un murciélago.*
- Vamos a morir todos – repitió Almarales.*
- Por favor, un vaso de agua o mitad soda y mitad limonada dietética.*
- Fíjense, el negociador no volvió, los dejó morir.*
- Una agüita de limonaria, mijita.*

El parasicólogo es el único que me ha logrado calmar. *Hace tres días me puse a temblar, me asaltó de nuevo el miedo. Acuéstese horizontalmente y esté presta a recibir la fuerza mental que mi papá y yo le vamos a mandar. A los diez minutos estaba buena. Pude ir al trabajo y votar la ley de auxilios para ayudar a las víctimas del desastre de Armero.*

Ahora no se sabe si tendrá valor para dar el veredicto de las demandas de las torturas. Tal vez sea demasiado para su mente traumatizada, martirizada por ese horror, viendo achicharrarse a sus compañeros, caer los heridos, sintiendo la muerte cercana, al frente, saliendo de la boca de un fusil.

- *Arciniegas está angustiado, dicen que lo han llamado los emes amenazándolo. Buscó protección. Le dicen que no salga solo. ¿Cobarde?*

- *Cobarde fue también el director de la Cruz Roja, otro chulo del diluvio que nunca regresó. Dijo después que no había podido entrar.*

- *Los rumores cuentan que diez días después, removiendo escombros, unos trabajadores aseguraron haber escuchado voces en las alcantarillas.*